

## El niño perdido

Un brillo ilusionado invade los ojos ansiosos del niño cuando ve que el hombre abre el maltrecho zurrón que lleva colgado del cuello. El pequeño coge una galleta y, mientras la mordisquea sonriente, le da la mano. Azuzan al ganado para trasladarlo a otra dehesa, mientras se alejan rodeados de luz hacia el sol que continúa alargando las sombras.

El resto de la tarde comulgan juntos y, ayudados por los perros, cambian de lugar a la manada, la llevan a saciar la sed apremiante a la aguada salobre. Sólo habla el hombre. Y habla, habla de sus luchas con las inundaciones, la sequía de ese año, las cabras y el maizal muriéndose poco a poco, sus miedos. El pequeño lo mira, se agacha para observar un hormiguero, corre a un buitre que levanta vuelo y sale disparado detrás de un caballito del diablo. Cuando el sol rojizo comienza a acariciar el horizonte, regresan a la chabola.

Él ha partido temprano, aún de noche, para cambiar al rebaño de lugar. Ella está esperando que el chiquillo despierte. Junta ramas secas dentro del horno de barro, les prende fuego, hace bollos con harina de maíz para preparar pan, barre el suelo de la chabola y del alero, sopla el fuego para mantener caliente la leche que ha conseguido ordeñar a algunas cabras, va a ver al niño dormido, limpia y ordena, se peina frente al espejo, vuelve al lado del chico, coloca maíz en remojo para hacer la comida, tiene sed, pero la aguanta para dejarle al pequeño la poca agua que queda.

El niño se levanta, toma dos tazones de leche y comienza a jugar con la pelota, el carro y un palo que es un potrillo salvaje.

Mientras tanto Rufino se ocupa de trasladar la manada a un coto lejano con mejores pastos y a trabajar muy fuerte desbrozando, casi sin esperanzas, el extenso maizal sediento.

Cuando vuelve al mediodía, sonrío complacido al contemplar al niño jugando con la pelota desinflada. Almuerzan casi en silencio, con la vista fija en el plato, una especie de paz, placidez, cansancio feliz.

La claridad que entra por la puerta de la chabola se ha atenuado, los contornos se hicieron difusos, como si la tarde estuviese llegando a su fin. Corre una brisa fresca y reconfortante.

— Se ha puesto oscuro— dice la mujer entrando a la choza.

— Pasó rápido el día.

— No, Antenor. Está negrito el cielo, negrito. Parece que va a llover.

— Ojalá— y percatándose de la ausencia del niño — ¿Y Paulino?

— Creí que estaba contigo. Se habrá ido por ahí, como siempre, jugando con el carro y la pelota.

— Lo voy a buscar, pues.

Sale al raso, escudriña las cercanías, el paisaje ensombrecido, los contornos serranos destellantes de rayos. Espesos nubarrones cubren el cielo y el viento barre el polvo eterno y las hojas estridentes. Queda escuchando atento. Sólo oye el crepitar de la hojarasca y mil ruidos menudos como llamadas de pichones hambrientos. Retumba el eco en los montes lejanos respondiendo al trueno.

Se aleja de la chabola y de la figura inmóvil de Toribia en el medio del alero.

Bandadas de tórtolas, golondrinas y gorriones atraviesan el aire montados en un tropel de ráfagas indóciles. Abre grandes los ojos, corre y trata de imaginar hacia dónde puede haber ido el niño. Lentas, las sombras van cerniéndose, los grises matizan desdibujando las cosas. Por momentos atisba una silueta flotando en esa catarata oscura que baja del cielo, corre ansioso hacia ella, pero las tolvaneras diluyen la imagen.

Ya no puede confiar en los ojos, todo se transforma en manchas informes. Se muerde los labios para no gritar el nombre del niño. Hierve el aire con un torrente de murmullos, escucha pisadas que se alejan, es tan solo un conejo asustado; la fresca mano del niño lo toma del brazo, se vuelve conmovido y encuentra una rama zarandeada por el viento.

Cree escuchar una voz infantil, un grito, una llamada angustiada; sabe que eso es imposible; es una piedra que rueda, son ecos de palabras llevadas por el viento, es el remolino sordo de hojas húmedas, son cantos de pájaros desfigurados por la distancia.

Una gota fresca roza su frente sudorosa, otra estalla en el pecho, dos caen sobre las manos terrosas y una quinta besa los labios partidos; como si la lluvia se persignara rogando por el encuentro. Gruesos goterones horadan lo que parecía corteza impenetrable. De la tierra se levanta una neblina que se eleva hasta envolverlo completamente. El contacto fresco le acaricia la piel, se adhiere a la ropa, le corre por el cuerpo.

Corre, gira, el sudor y la lluvia se escurren por la frente y el pecho, restriega los ojos empañados, aguza la vista. Confundido, no sabe si el rumor que escucha es el eco sordo de sus pasos que regresa burlón para llamarlo hacia mil rumbos distintos.

Lo ve al pasar la segunda loma. Primero, es una mancha parda que casi se confunde con la tierra, aunque separada de ella, como si flotase en el aire. Luego se va conformando, como una fotografía revelándose lentamente. Es el niño llorando desconsolado.

Empapados, con los ojos turbios de lluvia, la ropa y la piel desgarradas por los arbustos, la boca salobre —el hombre de sudor y el niño de lágrimas—, emprenden el regreso. Anterior distingue la silueta oscura de Toribia en el mismo lugar que la dejó, recortada contra la puerta abierta de la chabola iluminada por la lámpara.

— Lo encontré llorando — dice.

— Lo imaginé. Sabía que lo encontrarías.

— La lluvia siempre es una bendición. No podía quitárnoslo.

— Les preparé ropa seca para que se cambien. ¿Quieres un poco de fabada bien caliente?

— Sí.

Se sientan a la mesa. La mujer sirve el guiso, el hombre, el agua.

—El pasto crecerá y la laguna se llenará de agua fresca. La manada va a recuperarse. El maizal brotará con fuerza.

— La lluvia nos salvó. Llené las seis tinajas.

— Con la ganancia podremos comprarnos el burro. Y un vestido para ti, Toribia.

— Una pelota nueva para Paulino. Y el sombrero para ti, Antenor, que tanta falta te hace.

La ternura ha brotado espontánea. Sonríen. Se miran a los ojos. Las manos se encuentran con las del niño. Se ven hermosos, están hermosos.

— Toribia...

— Antenor...

Los nombres suenan dulces. La presencia del niño sordomudo es un vínculo firme y duradero.

Afuera, la lluvia arrecia. El olor ensordecedor se expande, se huele, se escucha. Es como un corazón gigantesco que hace fluir la sangre de la tierra. Un golpeteo húmedo, un renacer burbujeante.